

## COYUNTURA



**Eduard Berenguer**  
Catedrático de la UB

Catedrático de Teoría Económica de la UB. Autor de diversos artículos e investigaciones

“ Debemos plantear la introducción, como en Francia, de un impuesto sobre las grandes fortunas, así como la posibilidad de un nuevo tipo

marginal en el IRPF para rentas del trabajo anuales superiores a los 200.000 euros”

## EUROPA DECIDE EN ESPAÑA

La zona euro ha descubierto en las últimas semanas la fragilidad de su moneda común, consecuencia en parte de su incapacidad para expresarse con una sola voz. La falta de decisión para afrontar el problema griego y la falta de convicción de los mercados respecto a la solución finalmente adoptada habían puesto en duda la solvencia de otros estados agrupados bajo las pocas agraciadas siglas de los PIGS, así como la solvencia de buena parte de la banca europea. Al final se ha tenido que crear un fondo dotado con 750.000 millones de euros entre dinero fresco y garantías e involucrar la independencia del BCE, que amplía seis meses más su política de barra libre al tiempo que se compromete a comprar determinadas cantidades de deuda pública.

No voy a entrar aquí en si esta monetización de la deuda pública puede tener o no consecuencias inflacionistas. Dada la actual situación, las expectativas inflacionistas no pueden variar sustancialmente, salvo -lo cual no creo que suceda- que el BCE iniciara un proceso de monetización de la deuda a gran escala. Sí, en cambio, vale la pena señalar que en su actuación

**El BCE ha perdido parte de su identidad para aproximarse a un modelo más parecido a la Fed**

**En algún lugar, alguien ha resucitado el viejo plan Schiller para la Coordinación Económica de 1970**

el BCE ha perdido parte de su identidad para aproximarse más a un modelo de banca central más parecido al de la Reserva Federal de Estados Unidos, donde la estabilidad de precios no es su único objetivo y donde se han practicado en la crisis algunas actuaciones algunas operaciones más propias de la política fiscal que de la monetaria propiamente dicha.

Pienso que en esta crisis alguien ha descubierto que, sin una mayor integración de las políticas económicas europeas, el euro no es la moneda única que creíamos tener, que la divisa no puede utilizarse como reserva de valor y que, por consiguiente, limita la capacidad

que tienen algunos gobiernos para emitir deuda en euros; es decir, que limita el porcentaje de deuda sobre el PIB que un país puede alcanzar antes de que el crecimiento de la deuda se haga insostenible.

Todo ello, como dice un documento de la Comisión remitido al Parlamento Europeo el pasado martes, porque los mecanismos de supervisión adoptados hasta

estos momentos han sido insuficientes.

De ahí que en algún lugar alguien haya resucitado el viejo plan Schiller para la Coordinación Económica del año 1970, que, en la tercera etapa del camino hacia la integración económica de Europa, preveía la introducción de una entidad supranacional con poderes de intervención en la confección de los presu-

puestos de cada Estado miembro. La creación de este organismo era previa a la introducción de la moneda única.

Obviamente, la Unión Europea nunca creó este organismo, sino un sucedáneo llamado pacto de Estabilidad y Crecimiento, que no ha resultado ser demasiado útil. De ahí que es frecuente oír estos días que en la introducción del euro la casa se empezó por el tejado. Pero, como decía, estos días ha resucitado el espíritu del plan Schiller, no sólo con el empuje de Alemania, sino también con el aval de la Comisión Europea.

Grecia, España y Portugal han sido los primeros países en conocer la nueva realidad. Los mercados que han puesto en jaque al euro han sido de momento obligados a cesar en sus ataques. Pero, a cambio, algunos gobiernos se han visto forzados a modificar sus políticas.

### LA REACCIÓN ESPAÑOLA

El caso que más nos interesa es el de España, que ha reaccionado rápidamente frente a los nuevos aires que se respiran en Bruselas, tal como ha podido observarse en la intervención del presidente Rodríguez Zapatero el pasado miércoles ante el Congreso de los Diputados. No es que las propuestas presentadas representen, como algunos han dicho, un giro copernicano respecto a la anterior política. Sólo es una rectificación.

Basta calcular el ahorro que producen las medidas anunciadas, calcular el aumento del gasto por intereses de la nueva deuda que vamos a tener que emitir, así como el efecto contractivo de las medidas sobre los ingresos, para darse cuenta que el efecto final sobre el nivel de déficit con el que va a acabar el 2010 no va a ser muy significativo. El déficit quedará aún muy lejos de ese 3% que nos pide la Unión Europea para el 2013.

Tras dos años de no actuar con contundencia contra la crisis, el Gobierno se ha dado de bruces con la realidad. También una parte de la sociedad que parecía vivir al margen o que creía que el final de la crisis ya estaba cercano. Lo que nos espera para los próximos años va a ser muy duro de digerir, pues las medidas anunciadas el pasado miércoles sólo son una parte de un paquete más amplio de sacrificios.

Sin lugar a dudas, han de venir nuevas reformas. No es cuestión de volver al impuesto sobre el patrimonio, pero sí de introducir, como en Francia, un impuesto sobre las grandes fortunas, y también la posibilidad de un nuevo tipo marginal en el IRPF para rentas del trabajo anuales supe-

riorios a los 200.000 euros. Así como afrontar la reforma del sistema financiero y el mix del sector energético. Pero no todo el ajuste debe descansar en el sector público.

España tiene un problema serio de competitividad. En una unión monetaria, con diferentes ritmos en el crecimiento de la productividad, el mantenimiento de la competitividad del país con menor productividad reside en no hacer evolucionar sus salarios en función de la evolución de sus precios, sino de los llamados costes laborales unitarios. En este aspecto, y teniendo en cuenta el tiempo perdido, el mejor resultado de una reforma laboral no consiste en alcanzar un pacto sobre el coste de las indemnizaciones por despido, sino sobre todo en romper la dinámica de nuestro modelo de negociación colectiva.

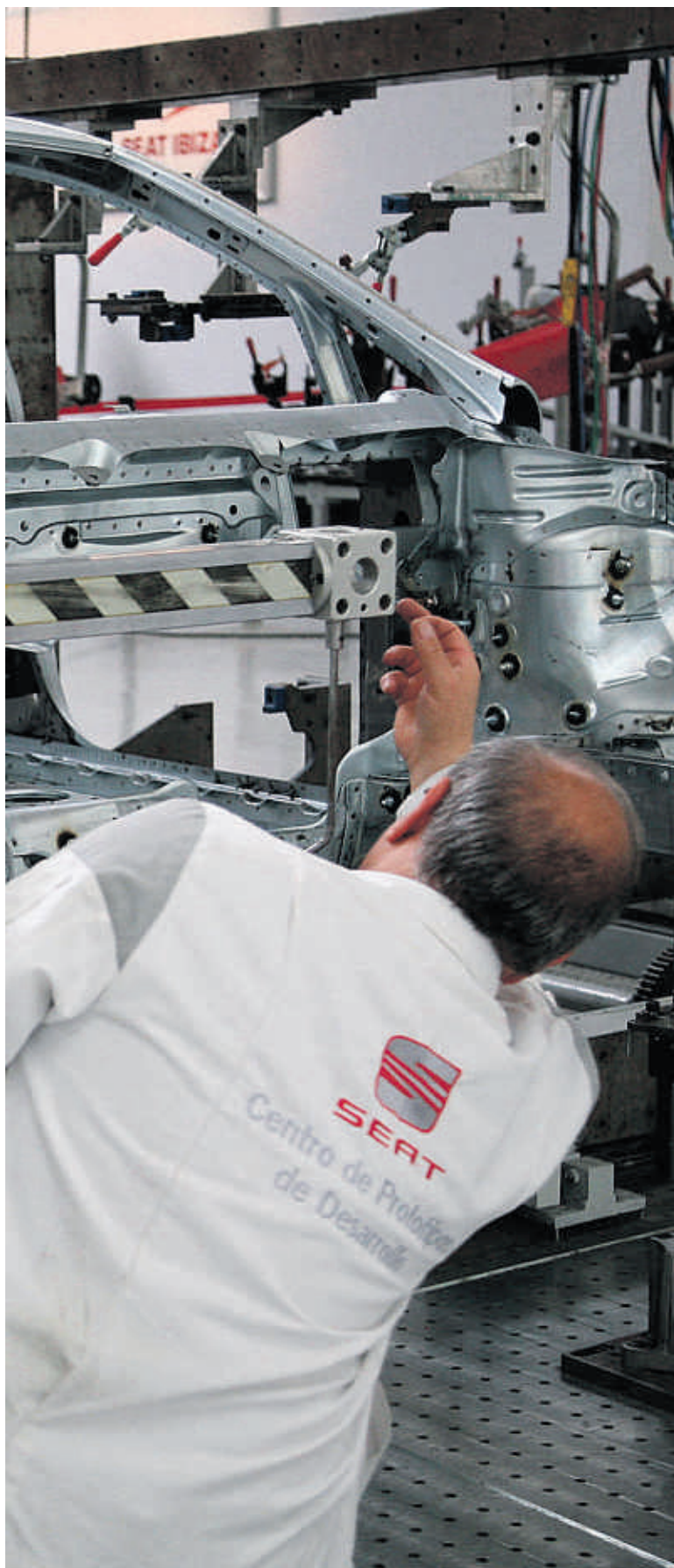
Habría que alcanzar en un breve espacio de tiempo, un nuevo modelo que permitiera un pacto por medio del cual, por ejemplo, mientras la tasa de crecimiento de nuestro PIB no alcanzara un 2,5%, los salarios tendrían que negociarse de modo que nuestros costes laborales unitarios (que ponderan los crecimientos en productividad) estuvieran 1,5 puntos por debajo de los de Alemania.

**Nuestras exportaciones son la única palanca de que disponemos para crecer**

**Tras dos años sin actuar de forma contundente, el Gobierno ha topado con la realidad**

Esto permitiría, en un momento en que la economía mundial muestra algunos signos visibles de crecimiento, hacer crecer de forma importante nuestras exportaciones que es la única herramienta de que disponemos, ante el despalancamiento del sector privado, el obligado del sector público y unas entidades de crédito que hasta el año 2013 tienen construida su capacidad de dar crédito, dadas sus obligaciones con los mercados mayoristas.

Si no hacemos esta y otras reformas, el futuro de nuestro país no estará en Europa, o al menos en esa nueva Europa que, como decía Wolfgang Munchau, sólo tiene dos caminos: o una mayor integración o la desintegración.



La reforma laboral es inaplazable

ROSER VIALLONGA